

## **DOMINGO DE LA CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS**

**Sab 3,1-9; Sal 23,1-6; Rom 5,5-11; Jn 6, 37-40**

Humanamente hablando no deja de ser doloroso y un fuerte momento en la vida de cada ser humano la pérdida de un ser querido, por lo que en esos momentos dolorosos por los que todos hemos pasado nos llegan al primer momento los reclamos a Dios por habérsenos llevado una parte de nuestra familia, un amigo o un conocido. No obstante, nuestra fe proclama la muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo y por medio de ella todo el horizonte de dolor, aliviado y sanado mediante la fe. Desde el inicio de la liturgia de la Palabra de este domingo se nos trae entonces las profundas Palabras del libro de la Sabiduría: *‘Las almas de los justos están en las manos de Dios, y no los afectará ningún tormento. A los ojos de los insensatos parecían muertos; su partida de este mundo fue considerada una desgracia y su alejamiento de nosotros, una completa destrucción; pero ellos están en paz’* (Cf. Sab 3,1ss).

Con cierta frecuencia durante los funerales y ante el dolor expresado con llantos por parte de mis hermanos y hermanas que despiden un ser querido, me gusta recordar hacer la comparación durante la homilía que nuestra vida se puede comparar al proceso de gestación de un hijo en el vientre de la madre. El vientre es el mundo donde nosotros como hijos de Dios nos estamos gestando para un momento donde se dará el nacimiento y cuando contemplaremos cara a cara a quién nos ha engendrado para la eternidad. El momento del parto es la muerte, que igualmente se convierte en un momento de dolor profundo, quizás también de parte de la persona que se desprende del lugar donde ha vivido por cierto tiempo y de quienes le rodean pero al final el dolor se convierte en dicha y felicidad. Como la criatura en el vientre, el tiempo de permanencia en él, no lo sabe; pero si lo sabe quién lo ha engendrado. Así mismo nosotros no sabemos el tiempo de permanencia en el vientre del mundo, sino solamente Dios; por ello lo más sabio es estar preparados para no perdernos y que no se produzca por no estar preparados para el nacimiento a la vida eterna, un lamentable aborto.

Por eso, además de orar por nuestros fieles difuntos que ya han cumplido su proceso de gestación para la vida eterna; debemos hoy también recordar que un día nosotros también nos llegará la hora. Desde la perspectiva cristiana es maravilloso pensar en la Resurrección, el momento cumbre de nuestra vida, en el que contemplaremos a nuestro Dios tal cual Es. Por eso es casi inexplicable para quien se dice que es un auténtico cristiano temerle a la muerte, que como bien lo dice el Salmista *‘Aunque cruce por oscuras quebradas, no temeré ningún mal, porque tú estás conmigo: tu vara y tu bastón me infunden confianza’* (Cf. Salmo 23).

Importante considerar hoy también por ello lo que nos dice el Concilio Vaticano II: *‘El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo. La semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreducible a la sola materia, se levanta contra la muerte. Todos los esfuerzos de la técnica moderna, por muy útiles que sea, no pueden calmar esta ansiedad del hombre: la prórroga de la longevidad que hoy proporciona la biología no puede satisfacer ese deseo del más allá que surge ineluctablemente del corazón humano.’* (Cf. G.S. 18,2). Y como de forma parecida nos lo dice hoy San Pablo en la Carta a los Romanos: *‘Pero la prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores’* (Cf. Rom 5,8).

Nosotros los cristianos nos sentimos salvados por Cristo y liberados de la consecuencia del pecado que es la muerte. Esta liberación no es de la muerte biológica, como nos lo comenta el Concilio Vaticano II, puesto que Cristo Murió también como hombre para compartir todo lo del ser humano, menos el pecado. Nos salva y libera de la esclavitud de la muerte, del miedo a ella, del sin sentido de la vida cuando se entiende como una pasión inútil hacia un falso concepto de felicidad. Como consecuencia, ante la muerte de nuestros seres queridos debemos de pensar, no en la pérdida irreparable y frustrante para quedar marcados por lo que nos reste de nuestra vida terrena, sino en el destino esperanzador y dichoso al que Dios quiso llamarlos antes de nosotros, de acuerdo a las mismas Palabras que Él nos dice: *‘voy a prepararles un sitio, para que donde yo esté, estén también ustedes’* (Cf. Jn 14,3).

Lo más maravilloso para nosotros los cristianos es saber que Dios es tan infinitamente misericordioso que no nos ha creado para un rato, sino para la eternidad. Cada semana cuando nos reunimos alrededor de la Mesa del Altar, el Señor nos ofrece su Cuerpo y su Sangre que nos concede inmortalidad. Le pertenecemos a Dios como bien nos lo recuerda hoy el evangelio de San Juan y por lo tanto El hace y hará todo lo necesario, para que nosotros aceptemos el ofrecimiento de la salvación, ya que es un regalo, que como todo regalo, necesita de la voluntad de quien lo recibe y del gesto de gratitud que se expresa en nuestra vida asumiendo el camino de la verdad que nos dejó trazado Jesucristo, nuestro Salvador.

Y terminemos diciendo hoy, como diría el símbolo de un hombre con una fe que traspasó fronteras, ante la ausencia corporal de nuestros seres queridos: *‘El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Bendito sea el Nombre del Señor’* (Cf. Job 1,21b).